

SOBRE EL DOCTOR ANTONIO SACRISTÁN COLÁS *

Pedro Vuskovic

El reconocimiento de la labor de un maestro tiene siempre una significación muy particular; porque no sólo se refiere a sus contribuciones al acervo cultural sino también, y más que nada, a la influencia ejercida en la formación de sucesivas generaciones de jóvenes. Y con mayor razón cuando es en el ámbito de las ciencias sociales, campo permanente de controversias, de convocatoria constante a enfrentar situaciones nuevas, de desafío siempre reiterado a defender entendimientos y luchar por convicciones. Es una labor que sólo se puede cumplir cabalmente cuando se está dispuesto a anteponer con intransigencia el compromiso social a los intereses personales, animado de plena honestidad intelectual y de la disposición autocrítica que es indispensable para corregir y avanzar sin dejarse confundir por el manejo de complicados instrumentos técnicos de modo que se pierdan de vista las cuestiones a la vez más simples y fundamentales.

Desde la perspectiva de todos estos requerimientos y cualidades he pensado en estos días en don Antonio, en lo que conozco de su vida y de su obra, y me doy cuenta de cuán sobradamente se ha hecho merecedor del reconocimiento que motiva este homenaje.

De su condición ejemplar de maestro dan testimonio muchas generaciones de economistas que fueron sus alumnos. Hay quienes han tenido la oportunidad de conocer de cerca buena parte de su larga trayectoria profesional. Mi relación personal con él, mucho más breve, se inicia con su desempeño como presidente del CIDE, a partir del cual he seguido con enorme interés sus escritos más recientes.

En el curso de estos años he identificado en él una de las muy pocas voces que en una fase de confusión y desconcierto reclama (y practica) cordura. Todo su pensamiento aparece dominado por unas cuantas ideas centrales, que expresadas en distintas formas apuntan siempre a las cuestiones clave de este periodo histórico de nuestra evolución económica y social.

Hasta donde conozco fue el primero en advertir —y lo escribió textualmente— el carácter impagable e incobrable que asumía la deuda externa. Nos recordó lo elemental: que mientras se contrae deuda se importa más de lo que se exporta, y que a la hora de pagarla, si se lo ha de hacer por la vía del comercio, tendrá que ocurrir lo contrario, paradójicamente con perjuicio tanto para nosotros como para las economías acreedoras globalmente consideradas. Argumentó sobre la inviabilidad de hacerlo en su ponencia al Segundo Congreso de Economistas de América Latina, cuando anticipó: “. . . no se podrá pagar más que como hasta el presente, con el otorgamiento de nuevos créditos que absorban capital e intereses, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos, o hasta que se encuentre una solución más racional . . . tendrá que acabar como acabaron las reparaciones de la segunda Guerra Mundial, que tuvieron que suspenderse, ya que provocaban fuertes déficits en las economías a las que había que pagar las reparaciones . . .” Y desautorizó

* Escrito para el acto de homenaje con motivo de la designación del doctor Sacristán como profesor emérito de la UNAM, el 2 de julio de 1986.

cualquier reclamo ético o moral por nuestra imposibilidad de pagar cuando dijo: "carece de sentido que nos reclamen lo que ya tienen en su poder".

Nos invita constantemente, en los escritos, a la recuperación de principios elementales, al rechazo de unas falsas imágenes que la representación de determinados intereses particulares han difundido con tanta persistencia que llegaron a aceptarse como supuestas verdades incluso en nuestros medios profesionales.

Rechaza, por ejemplo, el concepto tan extendido de que unos grados más altos de concentración del ingreso favorecerían la acumulación. Denuncia la falacia que significa "suponer que a mayor ganancia puede haber mayor acumulación de capital, cuando lo más cierto es que la acumulación de capital determina la ganancia, y no la ganancia la acumulación de capital". Con lo cual se enfrenta a uno de los lugares comunes más arraigados, y al mismo tiempo lo reprueba como justificación frecuente de las políticas económicas más regresivas (y a la postre, estériles), que en nombre de la inversión preconizan la contracción aún mayor del ingreso de las capas sociales desfavorecidas por la distribución.

Aún más, identifica la evolución de los salarios reales con el verdadero crecimiento económico: sólo se comprende al desarrollo como ascenso del salario, cuyos cambios son en su opinión la mejor medida de la intensidad del desarrollo. En sus escritos reitera una y otra vez este concepto fundamental: "... sin el crecimiento del salario real proporcionalmente al crecimiento del producto y de la productividad... es absolutamente imposible pensar que una economía pueda funcionar sin sus vicios... todas las políticas económicas que no conduzcan al crecimiento del salario en forma proporcional al crecimiento del producto, son inútiles y las más de las veces contraproducentes..." Por eso, en lo que llama desproporción de la participación de los salarios, en su sacrificio en favor de la participación de la ganancia, encuentra la clave de sus análisis.

Con el mismo rigor pone de manifiesto las distorsiones que emanan de la no correspondencia de los procesos eminentemente financieros respecto a los procesos reales que debieran constituir su razón de ser. Es así como escribe: "... no obstante estar todos de acuerdo en que lo que cuentan son los resultados reales de la producción, no vacilamos en dar prioridad a los rendimientos monetarios y financieros, a los réditos y a las ganancias en dinero, sobre la productividad real de los negocios... una de las características más agudas de la actual situación económica mundial..." Por ello advierte de manera constante sobre la necesidad de comprender debidamente el sentido de la integración de las dimensiones financiera y real, lo que una dimensión quiere decir en términos de la otra, lo cual lo lleva también a quebrar lanzas contra otras falsedades en boga: "se supone erróneamente que la tasa de interés sirva para estabilizar el valor del dinero; pero si reduce la inversión y el producto mal puede estabilizar el valor del dinero..."

De hecho los planteamientos suyos sobre la tasa de interés y el tipo de cambio, derivados de esa jerarquización que hace de los procesos reales por sobre los financieros, terminan oponiéndose directamente a proposiciones todavía predominantes en nuestro medio. Por ejemplo, en el *post scriptum* de su reciente libro, *Keynes ante la crisis mundial de los años ochenta*, encara con plena convicción la polémica al hablar del "error tradicional de que las alteraciones del precio del dinero, tanto en lo interno la tasa de interés como en lo externo el tipo de cambio,

favorecen la estabilidad”, y concluir que “la estabilidad monetaria sólo puede resultar de la estabilidad del proceso productivo y de la distribución del producto entre los factores de producción”. Afirmaciones respecto a las cuales no podría ser más sugerente su confrontación con una realidad inmediata de altas tasas de interés, devaluaciones constantes, depresión en los niveles de actividad y reducción de los salarios.

Estas luchas tuyas, sostenidas con todo el valor de convicción que pone en ellas, lo llevan a denunciar lo que considera como responsabilidad del propio pensamiento económico en la gestación de las condiciones de crisis, hasta el punto de afirmar que “los hechos podrían ser distintos si las ideas fueran diferentes”. Una proposición que podría considerarse discutible, o temerse que conduzca a subestimar las causas objetivas; pero que tiene el mérito de motivar su crítica a la “teoría convencional o en uso”, al “genio maléfico” que “orienta el comportamiento de los sujetos económicos e inspira las políticas de los gobiernos”. De ahí que tantas partes de sus escritos estén dedicadas a discutir los “postulados de la economía clásica”, insistiendo en el carácter irrealista de sus supuestos.

Tal vez todo esto tenga mucho que ver con ese cuadro de dramática soledad que uno cree advertir como escenario desde el cual don Antonio lucha por sus ideas. Porque su pensamiento no es el característico de “la izquierda” tradicional; sus categorías no son las del marxismo, de la economía política, sino las de la “economía liberal”; pero su profundo sentido crítico lo enfrenta también a quienes parecerían situarse en su propio campo, cuando denuncia las inconsecuencias y los idealismos de la “teoría económica” predominante en el campo no marxista. No abre polémica con estos últimos desde un campo distinto, sino desde su misma trinchera, como lo hace recientemente cuando escribe: “los economistas que se dicen a sí mismos clásicos y ortodoxos no lo son en el fondo, porque traicionan el principio fundamental del equilibrio clásico, que consiste en que el salario real debe ser igual a la productividad marginal del trabajo”.

Su convocatoria a lo que llama “una revolución de pensamiento” no puede sin embargo ser desoída ni por unos ni por otros. Porque la profunda crisis que venimos viviendo ha desmoronado entendimientos y caducado políticas; para todos se han abierto la perplejidad y el desafío. Desde su posición don Antonio, como muy pocos, está cumpliendo con lo suyo. Sus ideas tienen hoy día una importancia y una vigencia muy grandes; su argumentación constituye a la vez una crítica profunda, decisiva, a las políticas “de ajuste”; y en ellas quedan contenidos muchos de los elementos capaces de ir configurando esa “política alternativa” que se siente cada vez como más imperiosa y urgente.

Para avanzar hacia ella se necesita no sólo clarividencia sino también mucha valentía, mucha disposición a la defensa intransigente de las convicciones. Como lo hace don Antonio en una de sus publicaciones más recientes, cuando —en la dirección exactamente opuesta a las posiciones predominantes— propone una política que entre otras acciones incluye la reducción drástica de la tasa de interés bancaria, la estabilización del tipo de cambio revaluándolo, la congelación absoluta de todos los precios de mercancías y servicios y un riguroso control de cambios, y añade textualmente, “olvidarse de cubrir réditos ni principal del endeudamiento externo mientras la economía no haya salido de la crisis”. Tenemos derecho, dice,

“a obtener crédito del FMI, no para pagar deudas, lo que sería no pagarlas, ni para adquirir más mercancías, lo que sería endeudarnos más”, sino “para recuperar el control perdido”, y concluye sosteniendo que “salir de una vez por todas de la crisis requiere un radical cambio de ideas, que no es lo que sugieren los organismos internacionales, . . . [dando] prioridad al incremento del producto y del salario”.

Aun sin compartir determinados planteamientos suyos, cómo no respetar y admirar a este hombre, maestro de maestros, que enseña con sus ideas tanto como con su ejemplo; economista apasionado que comprende así la responsabilidad social de su profesión, que exhibe tal intensidad en su compromiso con México sin haber nacido en suelo mexicano.

Reciba usted, don Antonio, en este acto de homenaje con motivo de su designación como profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México, con la seguridad de interpretar los sentimientos de tantos economistas latinoamericanos, este testimonio de respeto y de admiración.

Fondo de Cultura Económica

SOBRE EL DOCTOR ANTONIO SACRISTÁN COLÁS

Author(s): Pedro Vuskovic

Source: *El Trimestre Económico*, Vol. 54, No. 213(1) (Enero-Marzo de 1987), pp. 193-196

Published by: [Fondo de Cultura Económica](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/23396110>

Accessed: 30-10-2015 06:47 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Fondo de Cultura Económica is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *El Trimestre Económico*.

<http://www.jstor.org>